

» superficie y arrastrada por su conductor. Esto en  
 » mi opinion esplica el transporte de los cuerpos,  
 » y facilita conocer que el poder de la corriente  
 » eléctrica es quien decide de la magnitud de los  
 » cuerpos destinados á ser arrastrados por aquella.»

«Desde el momento en que la masa de los  
 » corpúsculos es vencida por la influencia eléctri-  
 » ca de su superficie, desde este mismo momento  
 » se sustraen aparentemente á las leyes de la  
 » gravitacion; desde entonces se mueven con la ma-  
 » yor facilidad, y comienzan, por decirlo asi, á  
 » ser vivos: desde este momento solo, las sustan-  
 » cias medicamentosas adquieren la propiedad de  
 » penetrar toda la economía, y ejercer sobre ella su  
 » influencia curativa. Porque desde el punto en que  
 » los medicamentos triturados se ponen en contac-  
 » to con las estremidades invisibles de los ner-  
 » vios del interior del cuerpo, todas las partículas  
 » hipermicroscópicas entran con su electricidad en  
 » el organismo, y le penetran en todos sentidos. Si  
 » entonces los nervios se hallan en estado nor-  
 » mal, los corpúsculos no se detienen en el cuer-  
 » po, sino que lo abandonan cuando le han re-  
 » corrido. Pero en el cuerpo enfermo, es de pre-  
 » sumir que hay una enagenacion considerable de  
 » la fuerza conductriz de los nervios, que puede  
 » estenderse á todo el sistema nervioso, ú ocupar  
 » solo algunos órganos. Esto hace que los corpús-  
 » culos se detengan en algunas partes, y produz-  
 » can en ellas efectos curativos, segun las pro-  
 » piedades de que la naturaleza ha dotado á cada

» sustancia medicinal; porque el fluido eléctrico  
 » continúa su curso á la manera de los rios, que  
 » dejan la arena y las piedras que arrastran en  
 » los sitios en que su corriente se altera por los  
 » obstáculos que encuentra.»

«Esto nos esplica tambien, por qué las sus-  
 » tancias como la alopatía las administra, insu-  
 » ficientemente trituradas y desprovistas de un  
 » cuerpo intermedio conveniente para estender su  
 » superficie cuanto es necesario, no son capaces de  
 » ejercer sobre el organismo una influencia verda-  
 » deramente dinámica, ni afectarlo mas que de un  
 » modo puramente material y químico, cualquie-  
 » ra que por otra parte sea la facilidad con que  
 » se disuelven. Nosotros vemos tambien aqui la  
 » razon porque otras sustancias como las gredas,  
 » el carbon etc., que dados de la manera ordina-  
 » ria de la alopatía no producen efecto alguno,  
 » alteran profundamente el organismo cuando la  
 » homeopatía los administra triturados y dividi-  
 » dos al infinito.»

Sin parar su atencion en nada de todo esto,  
 para ridiculizar la pequeñez de las dosis homeo-  
 páticas, dicen sus impugnadores, que echando en  
 el Mediterráneo algunas libras de medicamento,  
 cada gota que de él se tomase, contendria una  
 fraccion medicinal mayor que el decillonésimo de  
 grano que corresponde á la dilucion treintési-  
 ma. Con lo que pretenden hacer ver que reunien-  
 do el agua de todos los mares, rios y lagos del  
 orbe, escasamente tendríamos líquido suficiente pa-



ra llevar á la treintésima dilucion un par de medicamentos.

Segun el aire victorioso con que se sirven de semejante comparacion hiperbólica, no se puede desconocer la confianza en que están de echar abajo de un solo golpe la creencia que se tiene en la eficacia de las dosis homeopáticas. Mas nosotros que conocemos bien el poco valor de tales chocarrerías, contra la evidencia de los hechos, aun les concederemos para lisonjear su gusto, que no algunas libras de medicamento, ni aun alguna libra, pero ni aun un grano que se echára en el Mediterráneo, del modo que suponen, bastaría á hacer que cada gota de agua que de él se tomara despues pudiera corresponder á otra gota de la dilucion homeopática al decillonésimo, sino que la gota tomada del mar, tendria una cantidad de sustancia medicinal incomparablemente mayor que la tomada de aquella dilucion homeopática.

Hay todavía mas. Al que conoce el valor numérico de un decillonésimo, por poco aritmético que sea, el cálculo le patentizará que suponiendo como está generalmente admitido, que los mares cubran casi las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo, y concediéndoles la profundidad media que mas ordinariamente se supone de ocho mil trescientas ochenta varas castellanas, si en esta enorme masa de agua, se disolviera un grano de sustancia medicinal, la dilucion resultante aun no llegaría á representar la quindécima de la homeopatía.

El mismo cálculo le demostrará, que un decillon de gotas de agua formaria una esfera, cuyo diámetro excedería de treinta y seis millones de leguas, y se le concederá aun, que si del centro de esta esfera, las moléculas de una gota de sustancia medicinal partiesen á la circunferencia con la velocidad de una bala de cañon, necesitarian cuarenta y cinco millones de años para esparcirse en esta masa de un modo uniforme. Pero contra la homeopatía: ¿qué resulta de estos cálculos? Nada. Absolutamente nada. Ninguno de ellos impide que siete onzas de agua ó de alcohol sean suficientes para hacer estas divisiones infinitesimales que tantas imaginaciones asombran. A mas de que al matemático le es tan incompetente la resolucion de esta cuestion, como el argumentar contra las propiedades que puede encerrar un grano de semilla, ó contra la realidad del magnetismo, de la electricidad, del galvanismo, no puede establecer por números los límites donde debe parar la accion de un remedio; pero deberá saber que todo lo que es divisible, aun puede serlo mas, y que el átomo mas pequeño imaginable, siempre es una cosa bien real, que jamás podrá ser reducido á la nada por la division.

A mayor abundamiento, aun les concedemos, que si el agua de todos los mares reunidos fuese destilada y pura y no salobre, que si se encontrase tambien un frasco capaz de toda ella, y un brazo tan fuerte y vigoroso que bastára á dar al todo los sacudimientos necesarios para hacer la



mezcla exacta é igual, de modo, que cada gota de líquido se hallase en la misma relacion que las demas con la cantidad de medicamento disuelto, en este caso, una sola gota de tan inmensa dilucion tomada por un enfermo, si la eleccion de la sustancia medicinal habia sido bien hecha, produciría efectos sensibles sobre el organismo, y aun en algunas suceptividades individuales demasiado violentos.

Ya pues los antagonistas de las pequeñas dosis tienen el reo confeso, y tanto que sin restriccion alguna admite su exagerada suposicion, y aun la puja mucho mas allá de lo que los mismos pudieran desear: pero se les dice tambien, ya que lo ignoran ó por cálculo aparentan ignorarlo, que como queda dicho mas atrás en este mismo capítulo, para llevar una sustancia medicinal hasta la dilucion treintésima ó al decilloneismo de la unidad, no tiene necesidad la homeopatía de tomar todo el líquido del universo á la vez, ni pretende efectuar toda aquella divisibilidad en una sola operacion ó dilucion, sino que al efecto practica treinta diluciones del modo ya dicho antes: y como segun la farmacología homeopática, para cada gota de la dilucion antecedente, se toman solo noventa y nueve de líquido, resulta que multiplicando noventa y nueve gotas de él por treinta que es el número de las diluciones, la suma es de dos mil novecientas setenta gotas de líquido, cuyo peso no llega á cinco onzas. Con que bien pueden los alópatas dar otro destino al gran charco en que pretén-

dian ahogar las pequeñas dosis de la homeopatía, visto que para su guiso no tenemos necesidad de tanto caldo: y les aconsejamos, que no fallen con tal precipitacion sobre cosa que no quieren tomarse el trabajo de conocer ni de estudiar, si no pretenden darnos pruebas inequívocas de su ligereza deliberativa, bien perjudicial en asuntos de tanta monta.

En vista de las consideraciones que anteceden, ¿en qué lugar deberemos colocar todos aquellos escritores de obras de puro juguete y pasatiempo, que en ellas tratan de ridiculizar las pequeñas dosis, y poner de este modo en descrédito la homeopatía que desconocen absolutamente? En verdad que no podremos formarnos una idea muy ventajosa de su probidad, y en caridad debemos rogarles, que ya que sus escritos no sirvan mas que para disminuir el fastidio de la ociosidad en la gente valdía, ya que sus trabajos literarios se pueden casi calificar de absolutamente inútiles, se abstengan siquiera de dañar con ellos á la sociedad, desviando á sus miembros incautos del bien que pueden lograr de la nueva doctrina médica. Yo hablo aquí de aquellos escritores no médicos, que sin reflexion sientan en sus escritos chocarrerías y sarcasmos disparatados, como generalmente son las de las personas incompetentes para juzgar de una ciencia que les es peregrina. No me refiero á aquellos escritores médicos que de buena fé niegan la eficacia de las dosis infinitesimales, y que son impelidos á ello quizá por el



conocimiento profundo y la esperiencia que tienen de los errores que en todos tiempos han infestado el arte de curar, y que por eso vacilan y temen dar su aprobacion á las mejoras y adelantamientos que se les anuncian, y siempre están puestas en guardia contra las investidas del charlatanismo.

Tengo su proceder por justo y laudable, por inspirado del poco conocimiento que tenemos de las operaciones misteriosas de la naturaleza. Siempre aplaudiré estos escepticos tímidos y bondadosos, pero les diré que su duda, su repugnancia, en admitir los nuevos descubrimientos, las reformas que exige la imperfeccion de la medicina, imperfeccion de que ellos mismos no cesan de lamentarse, no debe pasar los límites de una duda racional. Les haré presente, que á proporcion que crece la edad de los pueblos, crece tambien su ilustracion, mediante la cual las luces progresan, vienen las innovaciones, maduran los descubrimientos y hay necesidad de reformas científicas, y que cuando todas las ciencias progresan, no debemos consentir que la nuestra sola permanezca estacionaria, y como enclavada en su humillante *statu quo*, de miedo á decepciones como las ocurridas en tiempos mas oscuros, casi ya sin cabida en el actual por los medios que nos ofrece de evitarlas.

No me cansaré de exhortarles á que armados de una buena lógica y de un criterio seguro, examinen todos los inventos; y si hallan que nacen de una conjetura, duden, desconfien de ellos;

pero que si por el contrario llevan el visto bueno y la sancion de la esperiencia, árbitro esclusivo en toda cuestion aun la mas contradictoria, á cuanto de bueno y de cierto creiamos saber hasta el dia, debemos acogerlos favorablemente.

Sirviéndose de este criterio, el que no pueda convencerse de la eficacia de un remedio administrado á la dosis homeopática ordinaria, que lo dé preparado siempre con sujecion á esta doctrina, conforme á su principio fundamental y á la dosis (homeopática) que le parezca suficiente para producir efectos mas marcados, y si con ojo atento los sigue en su nacimiento, desarrollo y curso, verá que dosis grandes de los remedios homeopáticos, producen reacciones demasiado fuertes del poder medicatriz de la naturaleza, y le persuadirán de la necesidad de achicarlas mas y mas para evitar aquellos movimientos tan tumultuosos, aquellas crisis tan violentas y arriesgadas, y dejar la accion medicinal en relacion justa con la impresionabilidad del enfermo, y la analogía de su enfermedad con el remedio bien apropiado.

Con esta regla de conducta, colocados sobre el terreno de la homeopatía, y provistos del anteojo de una lógica severa, tampoco dudo lleguen á descubrir que la exigüidad de las dosis homeopáticas está recomendada por la naturaleza cuando se quiere obrar conforme á la ley de los semejantes, tanto como en alopátia puede estarlo el mayor tamaño de ellas, procediendo con-



forme á la ley de los contrarios. De suerte que se puede decir, que partiendo cada una de diferente principio, ambas escuelas obran consiguiendo, una por semejanza, otra por contrariedad á los síntomas morbosos. De donde se sigue, como ya mas arriba lo he dicho, que la primera solo tiene que despertar la accion del organismo contra el mal que lo ocupa; mientras la otra tiene que crear enteramente una enfermedad distinta, y á veces contraria á la que se quiere destruir. Porque, si cada medicamento encierra el germen de una enfermedad artificial *sui géneris*, si el estado mayor de impresionabilidad del medicamento en su contacto con el organismo enfermo, decide la mayor impresionabilidad medicamentosa; y finalmente, si la una escuela procede por semejanza de padecimientos, y la otra por desemejanza unas veces, otras por contrariedad; es claro que el medio homeopático encontrando el organismo dispuesto á su accion, tiene muy poco que adicionar; y que el alopático lo tiene que hacer todo de nueva planta, en oposicion á veces á la receptividad orgánica, á la predisposicion dominante, y á las circunstancias que favorecieran el desarrollo del fenómeno que se quiere hacer nacer. Para lograrlo, pues, se vé en la precision de ir contra todas estas circunstancias, de conmovier, de sacar de quicio la parte sana del organismo, y esto requiere dosis muchísimo mayores que en el caso contrario ú homeopático, en que se vibra directamente la misma cuerda que vibra el mal.

Es tambien evidente que cuanto mas pronunciada sea la parte vital de un medicamento, menos masiva tendrá que ser su dosis: en homeopatía se administran al mas alto grado de desarrollo de aquella propiedad dinámica; en alopatía, en un estado casi bruto: luego se necesita menor masa de aquellos que de estos para obtener iguales efectos. El médico homeopático sigue un rumbo, otro contrario el que profesa la alopatía. Este con sus enormes dosis en estado grosero, convierte muchas veces el esfuerzo saludable del organismo en motivo de destruccion; el medicamento mas saludable es veneno: el tratamiento homeopático sabe convertir en provecho de la humanidad, dos fuerzas que parecen destinadas á destruirla; la enfermedad y el veneno. ¿Cuál pues de los dos rumbos será mas prudente seguir?

Mirada bajo este punto de vista la cuestion de las dosis microscópicas de la homeopatía, no puede sufrir, no puede hacersela objecion alguna seria; y si no, que me digan los incrédulos: ¿en qué grado comienza, y en qué extremo concluye la escala de la afectabilidad del organismo humano? ¿Cuál es el médico alópata que consentiria en recibir sobre una cortadura reciente el decillonésimo de grano de la baba de un perro rabioso? ¿Quién no conoce los malos resultados de la picadura del escarpelo empleado antes en la diseccion de algunos cadáveres?

Muchas mas razones y pruebas pudiera producir en apoyo de la eficacia de las dosis homeo-



páticas sobre las que dejo consignadas, y con que he estado hasta aquí hablando al entendimiento de mis lectores, pero temo hacerme demasiado difuso, voy pues á concluir este discurso con un caso práctico entre los muchos que pudiera referir, para hablar tambien á sus ojos.

Doña Antonia Molino, vecina de esta Villa y Corte de Madrid, en la calle de la Gorguera, número 17, cuarto principal donde todavía permanece, hace mas de tres años que se halla en completa salud despues de haber padecido otros tantos ó mas una nevralgia facial intermitente de tipo indeterminado, entre cuyos síntomas, el mas molesto consistia en abrirsele involuntariamente la boca de un modo extraordinario y verdaderamente espantoso, tanto que la mandíbula inferior amenazaba desquiciarse de su articulacion, en medio de dolores calambroides tan violentos, que privaban de sentido á la enferma. Tres celebridades médicas de esta Corte, los D. D. Isern, Sanchez y Horte-ga, fueron contemporáneamente encargados del tratamiento de la enferma, que á pesar de los mas esquisitos medios alopáticos, no pudieron aliviarla, ni con un vendage ó muelle de acero que idearon para que sirviese como de brida á la mandíbula inferior, para que no la permitiese apartarse de la superior mas que á cierta distancia, lograron tampoco impedir su separacion, que hacia impotente la fuerza de dicho muelle, cayéndose, saltando ó rompiéndose este cuando los accesos se presentaban.

Hallábase por una parte la enferma cansada de luchar infructuosamente contra un enemigo tan molesto y rebelde, por otra parte los médicos fastidiados de la esterilidad de sus esfuerzos mas sábiamente calculados conforme á la doctrina médica dominante, y se resolvió unánimemente someter la enferma á un tratamiento homeopático.

A pocos dias de establecido este, se hicieron los accesos menos frecuentes y menos intensos: la continuacion del mismo dejó luego despues la enfermedad reducida á un ligero amago, que presentándose por dos ó tres veces solamente, y de cada una mas tarde, fué en todas ellas disipado, sin que la señora, objeto de este caso, haya vuelto á sentir, hace ya mas de tres años, el mas leve trastorno de su salud.

Consigno este caso con preferencia á otros muchos análogos, por haber ocurrido en Madrid mismo donde escribo; en persona bastante conocida, por ser de categoría, y vecina de la misma poblacion hace muchos años, los profesores que la asistieron, celebrados justamente por su saber, probidad y amor á lo verdadero, circunstancias que no permiten dudar que la imperfeccion no estaba en los hombres de la ciencia, sino en la ciencia misma: todo lo cual, sobre facilitar la averiguacion del hecho á todo el que quiera tomarse el trabajo, inspira confianza por la categoría de los testigos, y prueba bien que esas dósís tan diminutas de la homeopatía, esos invisibles átomos medicinales, esas gotas que algunos llaman de



agua chirle, y que sin consultar los hechos, califican de absolutamente inactivas, tienen mas poder, mas actividad, mas fuerza que en aloptía los muelles de acero mejor templado, por encumbreado que sea el saber del alópata que las emplea.

*Recibimiento, progresos y estado actual de la homeopatía en España.*

Desde 1834 los periódicos de nuestra nación, señaladamente el boletín de medicina y cirugía, comenzaron á hablarnos alguna rara vez de la homeopatía, como de una novedad mas digna del ridículo, que de pensar en ella seriamente. La causa de un recibimiento así estaba en la homeopatía misma, que ofrecía puntualmente el *vice-versa* de las opiniones que desde el origen de la medicina habíamos tenido por mas racionales y mejor fundadas. Acostumbrados á ver algunas veces las dosis medicamentosas mas abultadas sin efecto sensible, no era de extrañar nuestra repugnancia en creer la actividad de las imperceptibles que usa la nueva escuela. Mas adelante ya los periódicos usaban de un lenguaje mas serio cuando nos hablaban de la nueva doctrina, presentándola, como una invención que aunque podía ser caprichosa hasta cierto grado, tambien contenía alguna verdad útil, en cuyo apoyo nos referían casos de curaciones homeopáticas, tomados ó copiados de los periódicos extranjeros.

Dos años se pasaron de este modo dándonos

los periodistas progresivamente algo mas frecuentes, y algo mas favorables noticias de aquella revolucion científica, que si llegaba á resultar enteramente fundada sobre la verdad, amenazaba destruir el edificio médico antiguo; esta idea picaba mucho la curiosidad de algunos médicos, y les persuadía la necesidad de estudiar y conocer bien la homeopatía, para averiguar qué doctrina era aquella que ya iba levantando bastante rumor en varias capitales de Europa.

Pero España carecía de obras traducidas á nuestro idioma, que enseñasen aquella doctrina escrita en alemán, y despues traducida al francés. A esta necesidad quiso ocurrir en 1836 el jóven Dr. don Ramon Isaac Lopez Pinciano, que decia haber estudiado en Francia la medicina y doctorádose allí mismo. No favorecía mucho á los progresos de una ciencia nueva el crédito que pudiera adquirirle la circunstancia de ser su apóstol un muchacho apenas conocido en nuestra península, con todo él se vino á Madrid, donde tradujo al español, y publicó la carta del conde Saint Desguidi, dirigida á los médicos franceses; y algunas otras obras de homeopatía, cuya traducción no concluyó, abriendo al mismo tiempo suscripción á un periódico titulado, el Monitor médico-quirúrgico, del que solo dió pocos números, cesando luego su publicación, sin duda porque Pinciano solo no podría desempeñar al mismo tiempo tantas atenciones como se había impuesto. Si hubiera tenido colaboradores, hubie-